

LAS noticias de los periódicos han sido breves, casi escuetas: ha muerto Laly Soldevilla. Algunos diarios ilustraron su portada con la fotografía de la actriz, otros relacionaron las películas más importantes que interpretó, todos hablaron de sus apariciones en "spots" publicitarios. Y se leyó la noticia de un tirón, como si no hubiera pasado nada. Pero había muerto una actriz. Una espléndida actriz, que pocas veces encontró en esos mismos periódicos el apoyo que su trabajo merecía.

Ha muerto discretamente, se la ha enterrado en intimidad. Laly fue así siempre. También su trabajo tuvo el aire aparente de lo menor, pero tras aquel cuerpo menudo y regordete, tras aquella cara graciosa sin la clásica exuberancia del cine, tras aquella voz tan especial, tras aquel aire tímido y cordial, había una gran actriz. Trabajó desde el principio en obras "difíciles", y estuvo siempre al lado más problemático de la profesión. Y es que no pueden ser separables la inquietud por la vida y la sensibilidad en el trabajo. Quizá por eso no tuvo la suerte que merecía. Su vocación fue desaprovechada por ese medio ambiente hostil al talento que forman el propio teatro y el propio cine. Es casi imposible hablar de suertes merecidas, en función del buen hacer, en este país enaltecedor de lo mediocre. Laly perdió mucho tiempo en esperar, en hacer trabajos menores, en gracias inútiles. Y ha muerto así, sin más ni más. Como si su muerte fuera el colofón de una carrera cumplida. Pero sería injusto para Laly creerlo así. Dejó muchas emociones sin comunicar, mucho talento sin descubrir.

Hubo ocasiones en que su



Laly Soldevilla: el humor y la ternura

Inteligencia como actriz estuvo al servicio de obras inteligentes: en la creación de aquella entrañable amiga de "La tía Tula", sin la que la película no hubiese adquirido el cálido ambiente geográfico y social que Miguel Picazo necesitaba; en el Luis III de la enloquecida comedia de Paco Nieva "La carroza de plomo

candente", que bastaba por sí sólo para expresar el talante de la obra; en las canciones de "Te espero en Eslava", que Laly interpretaba con el exacto punto medio entre la entrega apasionada y la ironía distanciadora; en aquella reprimida Dolores con su tienda de "souvenirs" de "¡Vivan los novios!"; en la

dama caritativa de "La escopeta nacional", que resumía toda la hipocresía y el venalismo de la sociedad que Berlanga quería satirizar; en aquella ingenua y mágica maestra de escuela de "El espíritu de la colmena", que descubría a sus embobadas alumnas algunos secretos del cuerpo humano... Laly poseía todos los resortes y era capaz de representar con aire cotidiano las características de cualquier adocenada ama de casa junto a la rocambolesca extravagancia literaria de Alberti en "El adefesio", todo a la vez, sin transición, sin que en ningún momento su entusiasmo perdiera un punto...

Hay una doble frustración con la muerte de Laly. La de haber perdido una amiga —si no íntima, sí generosa en sonrisas y afecto—, y la de no haber contemplado cómo su trabajo alcanzaba una popularidad ajustada a su valía. Es tremendo pensar que un simple anuncio televisivo la hizo más conocida que las miles de horas de laboriosa preparación para personajes que irradiaron así el calor que precisaban, pero que el atrofiamiento de un público convencido por tonterías no supo valorar siempre. Pero en todas las películas de guiñol que Laly Soldevilla tuvo que interpretar —"Tres de la Cruz Roja", "Vuelve San Valentín", "La gran familia", "Operación Plus Ultra", "Los derechos de la mujer", "No somos ni Romeo ni Julieta"...— sobresalía una capacidad interpretativa que no debía haber pasado inadvertida. También muchas otras actrices del cine y el teatro españoles continúan esperando la posibilidad de vivir en un país donde su talento esté al servicio de obras que las merezcan. Ella no lo logró siempre.

Laly Soldevilla, una actriz excepcional. ■ D. G.